



**Universidad de la República
Facultad de Psicología**

Trabajo Final de Grado

El “NO” como estructurador del psiquismo

Monografía

Estudiante: María Agustina Romero Vegas C.I. 4.802.789-4

Tutor: Prof. Adj. Virginia Masse

Revisor: Asist. Mag. Erika Capnikas

Montevideo, Uruguay. 30 de octubre de 2016

INDICE

Resumen	2
Introducción	2
Capítulo 1. Diferentes modalidades del "no"	3
Capitulo 2. El no de la prohibición. Complejo de Edipo	5
2.1 Complejo de Edipo en el varón.....	6
2.2 Complejo de Edipo en la niña.....	14
Capitulo 3. La castración. Desmentida de la castración	17
Capitulo 4. Viñeta clínica.....	23
4.1 Entrevista de recepción	24
Capitulo 5. La negación discriminativa. Desmentida de ausencia	33
Capitulo 6. Consideraciones finales	40
Referencias bibliográficas	42

Resumen

Este trabajo pretende hacer un recorrido de cómo los diferentes “no” hacen marca psíquica en el sujeto desde sus primeros meses de vida hasta la salida de la trama edípica. Está basado en dos modalidades del no: el no de la discriminación primaria y el no de la prohibición.

Con respecto al no de la prohibición, lo que se juega en última instancia es la prohibición del incesto, y se hace presente en el Complejo de Edipo. Se expondrá cómo se da este complejo tanto en el niño como en la niña, mostrando cómo son las prohibiciones parentales las que promueven la instauración del superyó, así como también las que comienzan a forjar la identidad sexual del sujeto.

Luego se continuará dedicándole un capítulo a la angustia de castración y a la resultante de esta angustia: la desmentida. Dicho capítulo estará basado en la importancia que tiene para el niño la no concepción de la falta de pene en el cuerpo femenino, haciendo énfasis en el sentido que tiene la madre fálica en su desarrollo libidinal y en la estructuración de su psiquismo.

Antes de problematizar sobre el “no” de la discriminación primaria y a modo de introducir el tema, se expondrá como viñeta clínica el caso de un niño que se encuentra invadido por vínculos duales. Este último tema se centrará en la importancia de los juegos de presencia – ausencia, en donde la madre le enseña al niño a tolerar la ausencia y, por ende, a separarse de ella.

Introducción

El interés por indagar acerca de la estructuración psíquica surge de la experiencia en el año 2015 de participar en la práctica “Intervenciones psicológicas en la clínica infantil”, llevada a cabo en el Centro de Investigación Clínica en Psicología (CIC - P), así como también de formar parte del proyecto de investigación “Lectura psicoanalítica de la narrativa infantil”. En ambas experiencias tuve la oportunidad de trabajar con niños realizando intervenciones clínicas, si bien la segunda consistía en un apoyo psicopedagógico en el ámbito escolar.

Este trabajo está enfocado desde el psicoanálisis, el cual le da a la estructuración psíquica un lugar de privilegio. Si bien son muy variadas las conceptualizaciones que dentro de esta corriente existen acerca de esta temática, se tomarán las que ayudan a pensar en cómo los “no” estructuran el psiquismo, citando autores clásicos y contemporáneos.

Trabajar la estructuración psíquica desde la perspectiva de los “no”, es una forma de recortar un tema que es de por sí bastante abarcativo.

Capítulo 1. Diferentes modalidades del “no”.

Para comenzar, se tomarán como puntapié los aportes de Casas de Pereda (2015) acerca de la estructuración psíquica. Esta autora destaca la importancia del otro en la estructuración del psiquismo del niño a través de las funciones materna y paterna, las cuales son imprescindibles para su constitución como sujeto.

Casas de Pereda reconoce tres modalidades en las que el no se presentifica: la negación discriminativa, la negación como prohibición y la negación propiamente dicha. En este trabajo se desarrollarán las dos primeras, ya que son las más determinantes en la constitución del psiquismo del niño, siendo éstas provenientes del discurso materno y paterno en los primeros años de la vida del sujeto.

Con respecto a la última (la negación propiamente dicha) se refiere al no del lenguaje verbal del sujeto que proviene de lo reprimido. Es la negación que da indicios de una represión, de algo que sólo puede acceder a la consciencia a condición de ser negado. Aquí la autora se refiere al no del que habla Freud en “La negación” (1925): “La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido” (Freud, 1925, p. 253).

La negación discriminativa se pone en escena desde el comienzo de la vida del sujeto; es posible visualizarla en los primeros juegos de presencia – ausencia, principalmente en el clásico “No está - está”, en donde quien lo ejerce cubre e inmediatamente destapa su rostro. Estos primeros juegos son los que habilitan la discriminación del bebé con respecto a ese otro, comenzando a percibirse a sí mismo

como sujeto separado de ese objeto que cumple la función materna. Además de propiciar la separación sujeto – objeto, estos juegos de presencia – ausencia habilitan la emergencia del deseo, deseo de que algo esté o de que algo sea. A su vez, es el deseo el que fomenta la creación los mecanismos de defensa.

Con respecto al no de la discriminación, el mecanismo defensivo que se pone en juego es el de la desmentida, más acertadamente, la desmentida de la ausencia. La autora establece que, debido a que el aparato psíquico tiene ciertos límites para hacer frente a la simbolización de la ausencia, es que aparece la desmentida, la cual opera en lo perceptivo y consiste en la negación de ésta. El estado de indefensión del bebé en estos primerísimos tiempos es mayor por el hecho de que la presencia es sentida como vida y la ausencia como muerte (tanto física como psíquica), siendo imprescindible la presencia de un otro para sobrevivir.

Pasando ahora al no de la prohibición, éste, según Casas de Pereda, es un límite que siempre proviene de afuera, es decir, es impuesto por un otro. Se refiere tanto al no que tiene como fin la eliminación del displacer en el bebé, en la muy utilizada frase “no llore, mi bebé” (Casas de Pereda, 2015, p. 31), que deja marca en la libido del pequeño sujeto, así como también al no que pone límites al dicho placer.

Para esta autora tanto el no destinado a expulsar experiencias dolorosas en el bebé, como el que pone límites al placer habilitan un espacio reasegurador para el niño. El no que tiene como fin la eliminación del displacer busca resguardar al sujeto ante los riesgos de la vida cotidiana, en última instancia el riesgo a la muerte. Por otra parte, el no que pone límites al placer genera un espacio reasegurador en el sentido de que lo que se evita es también la muerte, pero en este caso se refiere a la muerte del deseo del pequeño sujeto.

El no como límite a las demandas del sujeto, así como genera sentimientos de frustración, también promueve la interiorización de los límites y la organización de los diques que anticipan la creación del superyó. A su vez promueve la creación del mecanismo de defensa central de la neurosis: la represión.

Casas de Pereda propone que el no como límite al placer es, en última instancia, el no de la prohibición del incesto. “El No de la prohibición vehiculiza desde la función materna o paterna las estructuraciones edípicas parentales y va plasmando en el hijo, en

cada encuentro, los efectos de dicha decantación estructural” (Casas de Pereda, 2015, p.31). La carencia o la falla en esta prohibición es causa de diversas patologías.

Capítulo 2. El no de la prohibición. El complejo de Edipo.

Con respecto al complejo de Edipo se tomará a Sigmund Freud así como también a Nasio como un autor contemporáneo. De Freud se citarán dos de sus trabajos que son cruciales para explicar este fenómeno de gran importancia para la estructuración psíquica del niño: “El yo y el ello” (1923) y “El sepultamiento del Complejo de Edipo” (1924).

La década del veinte fue para Freud un momento de profundos cuestionamientos. Es la clínica la que lo lleva a cuestionar su teoría, relanzándose a nuevos conceptos teóricos. Formula así una nueva teoría de las pulsiones y del aparato psíquico.

En “El yo y el ello” explica cómo se constituye el aparato psíquico. En su apartado número tres, denominado “El yo y el superyó (ideal del yo)” desarrolla la forma en cómo se instaura el superyó, al cual considera como una parte diferenciada del mismo yo.

Los objetos son investidos libidinosamente por el ello. Cuando el sujeto tiene que renunciar a esos objetos que invistió, el yo los introyecta adquiriendo sus características. Freud establece la posibilidad de que la única forma de que el sujeto pueda abandonar sus objetos de amor sea que el yo se apropie de ellos por identificación. “Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: “Mira. Puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...”” (Freud, 1923, p. 32). Esta transformación de libido de objeto en libido narcisista implica una renuncia a las metas sexuales, es decir, una sublimación.

Para Freud las primeras identificaciones del sujeto, las que se producen en una edad muy temprana, son estructurantes y duraderas. Tanto así que el ideal del yo le debe su génesis a estas primerísimas identificaciones.

2.1. Complejo de Edipo en el varón.

Freud (1923) dice que el niño varón desde una época muy temprana tiene una inclinación erótica hacia su madre, apropiándose del padre por identificación. Ambos vínculos coexisten armónicamente hasta que los deseos sexuales hacia la madre se intensifican y el niño comienza a percibir al padre como un obstáculo para cumplir esos deseos. Es aquí donde nace el complejo de Edipo. La relación con el padre se torna hostil debido a su deseo de eliminarlo para poder poseer a su madre como objeto sexual. El vínculo del niño con su padre a partir de ese momento se caracteriza por ser ambivalente. Esto sería lo que Freud denominó el complejo de Edipo simple o positivo.

De todos modos cabe destacar que para este autor el complejo de Edipo simple es una forma esquematizada para su mejor entendimiento, pero que no es el que se da más frecuentemente. El complejo de Edipo más común es uno mucho más complejo, positivo y negativo a la vez, debido a la bisexualidad característica del niño pequeño. De esta forma entonces, el varoncito no solamente desea a su madre como objeto de amor y tiene una actitud de ambivalencia con respecto a su padre, sino que simultáneamente adquiere una posición femenina de amor hacia su padre con la correspondiente actitud hostil y de celos hacia su madre.

Freud se cuestiona en este trabajo si la ambivalencia del niño con respecto al progenitor de su mismo sexo se debe, como él lo había mencionado anteriormente, a la identificación y a la rivalidad con respecto a éste, o si en realidad se da por entero debido a la bisexualidad originaria del niño.

Cuando el complejo de Edipo se disuelve, por tratarse de un complejo a la vez positivo y negativo, el niño se identifica tanto con su padre como con su madre. Estas dos identificaciones, unificadas entre sí, son adquiridas por el yo, y se enfrentan al resto del contenido de éste como superyó o ideal del yo.

Sin embargo, para Freud el superyó no se limita a ser un depositario de estas primeras identificaciones sino que también adquiere el carácter de una formación reactiva frente a éstas. Es decir, no sólo sugiere o advierte cómo el sujeto debe ser y lo que debe hacer sino que también prohíbe (le indica cómo no debe ser y lo que no le corresponde hacer).

Siendo para el sujeto los padres el mayor obstáculo para llevar a cabo los deseos del complejo de Edipo, el yo introyecta para sí esos obstáculos. Para Freud cuanto más intenso haya sido el complejo de Edipo y más rápido haya caído en la represión, más riguroso y exigente va a ser el superyó en la forma de conciencia moral y sentimiento de culpa.

La instancia del superyó le debe su origen a dos factores biológicos que se dan en el sujeto: a su desvalimiento y la dependencia prolongada con respecto a sus progenitores en su infancia, y, en segundo lugar, al resultante de esta dependencia: el complejo de Edipo.

El superyó lleva en sí mismo, de forma duradera a los factores a los que debe su génesis. Eterniza los primeros vínculos parentales, es el representante de éstos. “Cuando niños pequeños, esas entidades superiores nos eran notorias y familiares, las admirábamos y temíamos; más tarde, las acogimos en el interior de nosotros mismos” (Freud, 1923, p.37).

En “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924) Freud se basa en la importancia del falo y de la amenaza de castración en el complejo de Edipo.

La fase en la que dicho complejo tiene lugar es la fálica. El niño varón en un principio muestra un gran interés en sus propios genitales, sin descubrir aún los genitales femeninos.

Como ya había mencionado en el trabajo anterior, el niño en el complejo de Edipo tenía dos posibilidades de satisfacción: posicionarse de forma masculina en el lugar de su padre para así obtener una relación de amor con su madre (complejo de Edipo positivo), o, de lo contrario, tomar una actitud femenina para conseguir al padre como objeto de amor (complejo de Edipo invertido).

Freud propone que la asunción del niño de la posibilidad de ser castrado, por la creencia de que la niña ya lo es, pone fin a estas dos posibilidades de satisfacción del complejo, ya que ambas implican la pérdida del pene: la primera (la masculina) por castigo y la segunda como condición necesaria para la unión con el padre (ser como la madre implica no tener pene).

Si la satisfacción de las aspiraciones libidinosas del complejo cuesta la pérdida del pene, se genera un conflicto en el niño entre las investiduras libidinosas de las figuras parentales y el interés narcisista por ese órgano. Normalmente el niño elige desentenderse del complejo de Edipo, a modo de mantener esa parte tan preciada de su cuerpo.

Como ya se mencionó, al ser resignados los padres como objetos de amor, la autoridad de éstos es introyectada, siendo las investiduras parentales sustituidas por identificación. Aquí se forma el núcleo del superyó, el cual eterniza la prohibición del incesto, asegurándose de que el yo no vuelva a invertir nuevamente esos objetos.

Algunas de las investiduras libidinosas dirigidas hacia los objetos parentales del complejo de Edipo son, como ya se mencionó, desexualizadas y sublimadas por identificación. Pero también es importante decir que, según este autor, otras de ellas son inhibidas en su meta, convirtiéndose en mociones tiernas hacia las figuras parentales. Es aquí donde comienza el período de latencia.

Con respecto a la niña Freud dice que ella en un principio le da a su clítoris la misma importancia que el varoncito a su pene. Sin embargo cuando observa el órgano genital de un compañero de juegos, percibe que su propio órgano es muy pequeño, lo que siente como un perjuicio y una razón para sentirse inferior. Por un tiempo se consuela con la esperanza de que cuando sea más grande éste órgano crecerá y será tan grande como el del varoncito. Ella se explica esa falta con la idea de que alguna vez tuvo un miembro tan voluptuoso como el del niño y se le fue quitado. Sin embargo, en lo que respecta a las mujeres adultas, la niña no las cree castradas sino que las considera poseedoras de un genital grande y completo como el masculino.

Freud considera que la diferencia esencial entre el complejo de castración en el niño y la niña es que ella considera a la castración como un hecho ya concretado, mientras que el niño le teme a la posibilidad de su realización.

Con respecto al niño varón, la principal causa para que se instaure el superyó es la amenaza de ser castrado. En el caso de la niña, si bien dicha amenaza no existe, son las amenazas de perder el amor parental las que promueven la creación del superyó.

Freud establece que el complejo de Edipo en la niña es mucho más simple y generalmente no va más allá de la aspiración a ocupar el lugar de la madre para obtener

como objeto de amor al padre. Claramente este autor no indagó demasiado en el complejo de Edipo femenino, sino que se interesó más en el Edipo del varón.

Como una postura diferente se tomarán los aportes de Nasio porque es un autor contemporáneo que resulta interesante para continuar conceptualizando esta temática.

Para este autor, siguiendo a Freud, el Edipo comienza cuando el niño sexualiza a sus padres y termina con su desexualización, dando lugar a la construcción de la identidad sexual del sujeto.

Nasio opta por llamar al complejo de Edipo como crisis edípica, en la cual intervienen tres elementos principales: los deseos incestuosos, las fantasías y la identificación. Con respecto a las fantasías, se refiere a las fantasías de omnipotencia fálica (creyéndose el niño o la niña omnipotente), las fantasías de placer (el o la niña imaginariamente satisface sus deseos incestuosos), y, en tercer lugar, fantasías de angustia (temor en el niño y dolor en el caso de la niña, la cual se siente herida).

Nasio explica paso a paso cómo se da el complejo de Edipo en el niño, y luego en la niña. Con respecto al niño varón entre los tres y cuatro años comienza a centralizar las sensaciones de placer en el pene, el cual pasa a ser la zona erógena dominante. Todo el placer corporal, independientemente de cuál sea la parte excitada, hace su resonancia placentera en el órgano peniano. Es decir, todas las excitaciones que ocurren en el cuerpo de este pequeño ser, desembocan en el placer genital.

Además de ser el órgano que centraliza la mayor cantidad de sensaciones, también es el objeto que más ama y al cual le dirige toda su atención. Esto se debe a la gran carga imaginaria que este órgano tiene, pasando a ser para el varoncito el objeto narcisístico que más valora y del que se siente tan orgulloso. Sin embargo, por estas mismas razones, el niño también siente a este órgano como vulnerable, con demasiada exposición a los peligros. Por lo tanto se puede decir que el órgano peniano no solamente es símbolo de poder sino también de fragilidad.

Cuando el pene, tanto para los niños como para las niñas, pasa a ser el representante del deseo (por ser un órgano excitable, claramente visible y altamente valorizado), se le denomina Fallo. El Fallo va más allá del pene como órgano, es el pene de la fantasía, idealizado, que simboliza tanto la omnipotencia como su contracara, la

debilidad o fragilidad. El valor simbólico e imaginario de este órgano tiene tanto vigor que la niña también cree que tiene un Fallo, como se explicará más adelante.

La crisis edípica se da en esta fase en la que la sexualidad del sujeto se encuentra centralizada en el Fallo. En este período, tanto los niños como las niñas creen que todas las personas tienen un Fallo, otorgándoles entonces la misma vigorosidad que ellos consideran tener debido a poseer este atributo. “Sólo que esta idolatría que siente cada niño por el Fallo, en el varón aparece acompañada por la angustia de perderlo y en la niña por el dolor de haberlo perdido” (Nasio, 2007, p. 27). Esta angustia se debe a que a esta edad el niño ya experimentó otras pérdidas de objetos valiosos (primero el pecho materno, al cual creía como parte de su propio ser, luego al chupete, a las heces, entre otras). Es por esta razón que puede representarse la pérdida de un objeto al que tanto estima y que tiene miedo a que esto vuelva a ocurrir.

El Edipo en el varón comienza cuando de golpe siente el deseo de ir hacia sus padres, hacia el Otro, en busca de placer erógeno. Nasio especifica que el niño tiende a ir hacia el cuerpo de sus padres, busca el contacto corporal para sentir placer. Siente un deseo puramente sexual hacia sus progenitores.

En suma, el niño edípico se siente arrastrado por un impulso que lo incita y lo espolea a buscar placer en el intercambio sensual con los cuerpos de las personas que ama, de quienes depende y que a su vez son personas deseantes, seres que provocan y mantienen su deseo. (Nasio, 2007, p. 29)

Este deseo edípico, cuyo origen son las excitaciones del pene, es un deseo de alcanzar el incesto. De todas formas es necesario aclarar que se trata de un deseo virtual, mítico, que nunca llega a satisfacerse. Es el deseo de alcanzar un goce en una unión sexual ideal y perfecta en la que el niño y el progenitor quedarían fusionados en su totalidad, siendo uno solo. Nasio explica que el deseo de tener una relación sexual con la madre y eliminar al padre es la expresión del deseo de volver al estado primario de completud intrauterina, de reencontrarse con sus orígenes.

Es importante resaltar nuevamente que se trata de un deseo mítico, virtual e inalcanzable. Es más, es un deseo que se mantiene en tanto es imposible de realizar, pues, de lo contrario, dicho deseo no podría sostenerse. Se refiere a que la realización de una relación sexual incestuosa de este tipo (entre los niños y sus padres) como ya es sabido, no le causa ningún tipo de goce al niño, sino que le genera graves traumatismos.

Nasio establece que los deseos incestuosos no son solamente eróticos sino que también se componen de tendencias agresivas. Considera que el niño edípico es portador de tres principales deseos: el de poseer sexualmente el cuerpo del Otro (en particular el de la madre), el de ser poseído por el cuerpo del Otro (en especial el padre), y el de eliminar el cuerpo del Otro (en particular el del padre). Como el varoncito no puede alcanzar ninguna de estas tres aspiraciones incestuosas, se inventa fantasías, las cuales son escenas en las que esos deseos son saciados.

Estas fantasías son generalmente inconscientes y complacen imaginariamente sus deseos incestuosos. Si bien atenúan la tensión psíquica, no siempre son generadoras de sensaciones placenteras, sino que también provocan angustia y otros sentimientos de dolor. Estos efectos displacenteros pueden ir desde una crisis de llanto (como descarga benéfica) o un síntoma fóbico (como forma de preservar al sujeto de un padecimiento mayor).

Las escenas fantaseadas en los niños se ponen de manifiesto en determinados sentimientos, conductas o palabras. “En suma, las sensaciones despiertan el deseo, el deseo llama a la fantasía y la fantasía se hace realidad a través de un sentimiento, una conducta o una palabra” (Nasio, 2007, p. 34). Cada deseo incestuoso tiene su correspondiente fantasía de placer que lo satisface.

La fantasía del deseo de poseer al Otro se manifiesta en diferentes acciones en las que cumple un rol activo y en la que trata de imponer al Otro su presencia con mucho orgullo. Esta fantasía de posesión tiene varias versiones pero la que muestra más claramente el deseo del varoncito de poseer al Otro es su intención de acaparar a su madre en su totalidad, de tenerla sólo para él.

Nasio resalta el componente sádico de la crisis edípica. “El Edipo no es acariciar tiernamente a la mamá; es desearla y morderla [...] El Edipo es el deseo sexual de un niño pequeño que no tiene la maduración mental ni corporal para asumirlo” (Nasio, 2007, p. 35).

En segundo lugar, la fantasía de ser poseído por el Otro refiere a escenas en las cuales el niño seduce al Otro (en particular al padre) con el fin de volverse su objeto. El niño se imagina que es seducido por este adulto pero no solamente se deja seducir en una actitud pasiva, sino que él busca ser seducido, seduce para que lo seduzcan a él.

La tercera fantasía, la correspondiente al deseo de eliminar o suprimir al Otro (particularmente al padre), corresponde a escenas en las que el niño tiene la intención de ocupar el lugar del padre en la dinámica familiar y en la relación con su madre.

Estas fantasías de placer si bien hacen feliz al varoncito, también le causan mucha angustia, pues, tiene miedo ser castigado con la amputación de su pene, el cual simboliza su fuerza viril, su placer y su orgullo. El niño imagina que el castigo va a recaer sobre su genital porque es éste el culpable de que él vivencie todas esas sensaciones, deseos y fantasías. Nasio establece, siguiendo a Freud, que el varoncito al observar algún cuerpo femenino y notar que éste no tiene pene – Fallo, inconscientemente cree que a él también se lo pueden quitar.

La fantasía de ser castigado con la ablación de su Fallo es la fantasía de angustia de castración, de la cual el niño no toma noticia ya que está en su inconsciente. “[...] la angustia inconsciente de castración habita en su interior; mientras desee y obtenga placer, por mínimo que éste sea, el niño estará angustiado” (Nasio, 2007, p. 38). En otras palabras, la angustia es la contracara del placer, son dos sentimientos indisolubles generados por el deseo. “[...] la angustia de castración es la médula espinal del psiquismo del hombre” (Nasio, 2007, p. 38). En realidad, esta pareja de sentimientos contrapuestos, por un lado el placer, y por el otro, el miedo a ser castigado, es el componente básico de toda neurosis. Este autor propone que en realidad el Complejo de Edipo constituye en sí mismo una neurosis infantil.

Nasio determina para cada fantasía de placer una amenaza que le corresponde. Con respecto a la primera que se había mencionado, la de poseer al Otro, recae sobre el pene – Fallo, con la posibilidad de que se le sea quitado. Quien promueve dicha amenaza es el padre, al recordarles tanto al hijo como a su madre la ley de prohibición del incesto.

Con respecto a la fantasía de ser poseído por el Otro, ser objeto de seducción de su padre, la amenaza de castración recae también sobre el Fallo pero no con la posibilidad de que éste se le sea quitado, sino de que este órgano pierda su virilidad. El agente de la amenaza es también el padre, pero en este caso no como un padre que prohíbe sino como padre seductor: si bien el niño lo desea, también teme a que éste pueda abusar de él. El niño aquí no tiene miedo a perder su pene – Fallo, sino a perder su masculinidad, pasando a ser la mujer – objeto de su padre.

Con respecto a la fantasía de suprimir al padre, considerado como rival, la amenaza de castración recae, al igual que en la fantasía de poseer a la madre, en el pene – Fallo como órgano expuesto y posible de ser extirpado. El portador de la amenaza vuelve a ser el padre pero como un padre odiado y por ende rechazado, el cual pone frenos a los deseos del hijo de eliminarlo (deseos parricidas).

En las tres variantes de la fantasía de angustia de castración el padre es el agente de dicha amenaza, y el objeto en peligro es el pene – Fallo en sí mismo o su virilidad, en el caso de la fantasía de ser poseído por el Otro. En la primera variante el padre es considerado como portador de la prohibición, en la segunda como un abusador, y en la tercera como un rival. En las tres variantes el padre infunde temor para el varoncito.

Es la angustia de castración la que conduce al final de la crisis edípica. Entre el placer y la angustia que predominaban en el niño, la angustia y el miedo triunfan sobre el placer, llevándolo a renunciar a esta búsqueda incestuosa y a los objetos de estos deseos. El niño para preservar su pene – Fallo debe desexualizar a sus padres. Con esta renuncia a los padres como objetos sexuales y con la sumisión del niño a la ley de la prohibición del incesto, el complejo de Edipo masculino llega a su fin.

En otras palabras, el niño que, angustiado, debió elegir entre su pene y su madre, decidió renunciar a su madre para mantener su órgano tanpreciado. En el momento en el que desiste sexualmente de su madre, inmediatamente también lo hace con el padre, reprimiendo así sus deseos, fantasías y también angustia. A partir de este momento puede dirigirse hacia otros objetos, esta vez legítimamente aceptados y acorde a sus posibilidades reales. “Sólo así, apartado sexualmente de sus padres, el niño podrá, a partir de entonces, desear a otros pares elegidos fuera de la familia” (Nasio, 2007, p. 42).

Una vez que el complejo de Edipo masculino es resuelto, marca dos hechos que son determinantes en la personalidad futura del pequeño sujeto. Por un lado, la institución de la instancia psíquica del superyó, y, por el otro, la reafirmación de una identidad sexual, que ya había sido iniciada alrededor de los dos años y que se fortalecerá luego de la pubertad.

Como ya había planteado Freud, la creación del superyó se da debido a que el niño resigna a sus padres como objetos sexuales y los toma como objetos de identificación, como objetos de su yo. El deseo de tenerlos como objetos de su deseo

sexual, como no puede llevarse a cabo, deja lugar al deseo inconsciente de ser como ellos. El niño incorpora las prohibiciones parentales y la moral de sus progenitores, integrando así al superyó. “El resultado de este paso de la sexualidad a la moral es lo que llamamos superyó y los sentimientos que lo expresan: el pudor, el sentido de la intimidad, la vergüenza y la delicadeza moral” (Nasio, 2007, p. 46).

Con respecto a la asunción de la identidad sexual, antes del Edipo el niño no tenía conocimiento de la diferencia de los sexos, entre masculino y femenino, entre hombre y mujer y entre niña y niño, sino que, al descubrir la ausencia de pene en el cuerpo femenino, la división era entre seres con Fallo y seres sin éste, entre personas fuertes y personas débiles. Nasio destaca que es aquí donde comienza a forjarse la identidad sexual pero que esta queda definida principalmente luego de la etapa puberal.

2.2. Complejo de Edipo en la niña.

Pasando ahora al Edipo en la niña, para este autor éste se da en cuatro tiempos. El primer tiempo es uno anterior al complejo, preedípico. Aquí la niña tiene una única aspiración incestuosa y es la de poseer a su madre. Antes de desear ser poseída por su padre, la niña desea poseer a su progenitora. Es un tiempo necesario para que pueda dirigirse hacia su padre y así entrar en el Edipo.

A diferencia del niño que entra en el Edipo cuando de entrada desea a su madre, la niña entra en éste luego de haber deseado a su madre y haberla rechazado, y sale cuando tiene deseos por otro hombre que no sea su padre. El varón desexualiza a ambos padres a la vez de manera rápida, mientras que la niña primero desexualiza a su madre y después, muy lentamente, se va alejando sexualmente de su padre.

En el período preedípico la niña se comporta del mismo modo que el varón en el Edipo: cree tener un Fallo y muestra sus fantasías de omnipotencia en donde ejerce un rol sexual activo con respecto a su madre. “[...] la pequeña está animada por el deseo incestuoso de poseer a la madre, el júbilo de tenerla completamente para sí, y adopta una posición netamente masculina semejante a la del varón” (Nasio, 2007, p. 56).

El segundo tiempo se inicia cuando la niña observa los genitales masculinos y se da cuenta de que los varones tienen algo que ella no tiene, ante lo cual se siente decepcionada. Antes de esta intelección las sensaciones de placer que le brindaban su vagina y su clítoris eran las que alimentaban su omnipotencia, pero al notar la presencia

de este apéndice en el cuerpo masculino comienza a sentir que la fuente del poder no está en ella sino en el cuerpo del varón.

La niña sufre por haber sido privada del Falo que tanto venera. Al comprobar la ausencia en su cuerpo de un pene, la niña no tiene temor a perder como el niño, sino que experimenta el dolor de haber sido despojada de algo importante, de un objeto muy valioso que creía poseer. Además del dolor de haber sido privada de ese objeto que tanto estima, la nena se siente engañada por la madre. Ese ser que ella creía todopoderoso y omnipotente le hizo creer que tenía un Falo y que lo iba a tener para siempre. Entonces la madre por no ser capaz de darle a su hija un Falo (que ni siquiera ella tiene ni nunca lo tuvo) es despreciada y merecedora de reproches.

La niña se siente despechada y la imagen de sí misma se encuentra herida. El sentirse privada de ese Falo lo vivencia como un golpe a su narcisismo. En el caso de la niña, el objeto narcisista (el Falo) no es su genital como en el varón, sino la imagen querida de sí misma. Recién cuando la niña comienza a desear a su padre, le será reparado ese daño a su imagen propia y a su narcisismo, y recién ahí podrá reconciliarse con su madre. Nasio establece que en este momento la niña se siente sola porque rechazó a su madre por haberla engañado y aún no ha recurrido a su padre.

Además del dolor por sentirse privada de ese tan preciado Falo y por sentirse engañada y humillada por su madre, la niña experimenta un sentimiento de anhelo y envidia a ese Falo. El autor aclara que esta envidia no es al órgano peniano en sí sino a lo que éste representa, una envidia al pene como símbolo de poder.

Mientras que en el niño su interés por salvaguardar su pene – Falo lo hace salir del Edipo, en la niña es la necesidad de ser consolada lo que promueve el deseo de ir hacia su padre para ser poseída por él. El interés por ser reparada en su narcisismo es lo que la hace entrar en el Edipo.

En el tercer tiempo entra en escena el padre. La pequeña, que se encuentra herida en su narcisismo, se dirige hacia él para ser consolada y también para reclamarle su potencia y su poder. Para la niña en este tiempo el padre pasa a ser todopoderoso y por ende, portador del Falo. La niña quiere ser tan fuerte como él para poder recuperar el Falo perdido.

Ante la imposibilidad de quitarle la fuerza y la potencia a su padre para quedársela ella, la niña se resigna a la posibilidad de algún día poder llegar a tener el Fallo, pero ahora quiere llegar más lejos, aspira a ser el Fallo de su padre, a ser su objeto. Con la negativa del padre a otorgarle su Fallo, el anhelo a poseer ese símbolo de poder deja lugar al deseo incestuoso de ser poseída por su progenitor. Cuando la niña anhelaba con envidia al Fallo del padre, adoptaba una postura viril, ahora que no lo anhela sino que lo desea, adquiere una posición femenina. Es en este momento, cuando la niña sexualiza a su padre, que entra en el Edipo.

En el momento de entrar en el Edipo, la madre, que había sido rechazada por su hija, vuelve a cobrar importancia pero esta vez como modelo identificatorio. La niña vuelve a admirar a su madre pero esta vez como modelo de mujer y de feminidad. “Es natural entonces que la niña se acerque a su madre y se identifique con ella, más exactamente con el deseo de la madre de gustarle a su compañero y ser amada por él” (Nasio 2007, p. 62). Es aquí que se lleva a cabo la primera identificación de la niña con el deseo de su madre. Es importante destacar que la madre en este período así como es considerada un modelo a alcanzar también es su temible rival en la competencia por seducir a su padre.

En el cuarto y último tiempo del Edipo femenino el padre se niega a tomarla como objeto sexual. Esta segunda negativa del padre (ya que la primera fue negarle el Fallo) lleva a que la niña se identifique con su persona. Ante la imposibilidad de ser poseída por su padre, quiere ser como él. El deseo de ser el objeto sexual de su progenitor es reprimido a condición de incorporar a la persona del padre en sí misma, adquiriendo sus rasgos y sus características. Una vez que la niña se ve obligada a renunciar al padre fantaseado, sexualizado, lo incorpora a su yo desexualizado y lo toma como modelo identificatorio. “Así es como termina por impregnarse de las actitudes, los gestos y hasta los deseos y valores morales que caracterizan a su padre real” (Nasio, 2007, p. 64).

Fueron las dos negativas del padre (la de entregarle el Fallo y la de que ella sea su Fallo) las causantes de las dos identificaciones de la niña: la identificación con la feminidad de la madre y la identificación con la virilidad del padre. Luego de haber adquirido los rasgos femeninos y masculinos de sus progenitores, la niña abandona el Edipo y puede dirigirse hacia otros compañeros fuera del núcleo familiar.

Capítulo 3. La castración. Desmentida de la castración.

Como se vio en el capítulo anterior, la angustia de castración es determinante en lo que respecta al complejo de Edipo, en tanto en el niño es lo que lo hace salir de la crisis edípica, y en la niña lo que la hace entrar en ésta. Pero la angustia de castración tiene un sentido propio con respecto a la estructuración psíquica, que va más allá de ser la determinante de la entrada o salida del Edipo. En este capítulo se indagará acerca de la importancia que tiene esta angustia y su correlativa desmentida en el proceso de estructuración del psiquismo.

Se comenzará tomando los aportes de Freud en “La organización genital infantil” (1923) y en “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas” (1925), considerando además sus “Tres ensayos de teoría sexual” (1905).

En “La organización genital infantil” (1923) establece que en la etapa fálica es el genital masculino el que cobra protagonismo tanto para los niños como para las niñas. De todos modos Freud en este trabajo se enfoca en el complejo de castración en el niño, dejando de lado lo que sucede en la niña.

El varoncito, si bien nota diferencias entre varones y mujeres, no lo asocia a una diferencia de genitales entre ellas y éstos. Él supone la existencia de un genital igual o similar al suyo en todos los seres del mundo, tanto humanos como animales. Es más, Freud dice que hasta a los objetos inanimados les otorga una forma como la de su miembro.

Este órgano excitable, fácilmente manipulable y sede de múltiples sensaciones de placer, además de centralizar toda la atención y el interés del varoncito, es el que motiva su pulsión de investigación, buscando en el resto de los seres del mundo un órgano como el suyo para compararlos en su tamaño. Freud ya había establecido en sus Tres ensayos (1905) la importancia de la pulsión de saber, en donde menciona los fuertes vínculos entre ésta con la vida sexual del sujeto. Más aún, propone que son los problemas sexuales los que despiertan esta pulsión en el niño.

Según Freud (1923) cuando el niño descubre que el pene no es un atributo común a todas las personas, en un principio no presta creencia a esa falta y considera que esas personas tienen un órgano como el de él, pero que aún es pequeño y en el futuro crecerá.

Posteriormente llega a la conclusión de que esos seres que carecen de un órgano como el suyo, en algún momento lo tuvieron y se les fue quitado.

El niño considera que son las mujeres o niñas merecedoras de desprecio las que no tienen pene, mientras que las que son respetables como su madre sí lo conservan. “Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta del pene” (Freud, 1923 p. 148). El niño al llegar a la intelección de que hay personas carentes de un órgano como el suyo y de que se trata de seres despreciables, se le presenta la posibilidad de que esa privación se deba a que hayan caído en deseos incestuosos prohibidos como los que siente él. Es en este momento en las que se las tiene que ver con la posibilidad de él mismo ser castrado.

Con respecto a la niña, en “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas” (1925), Freud expone que en la niña al percibir el genital masculino experimenta un sentimiento de envidia al pene. Dice que ella puede percibir de entrada la carencia de este miembro en su cuerpo y pasar a querer tenerlo, o puede darse en ella una desmentida, negándose así a aceptar esta ausencia de órgano, afirmándose en la convicción de que ella también posee un pene y pasando a comportarse como un varón.

De todos modos cuando ella logra asumir su carencia, como ya se mencionó al exponer acerca del complejo de Edipo, vivencia un sentimiento de inferioridad con respecto al varón. Alimenta por un tiempo la esperanza de algún día llegar a poseer un pene como el de él y mientras tanto se muestra con actitudes varoniles. “En este lugar se bifurca el llamado *complejo de masculinidad* de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad” (Freud, 1925, p. 271).

Volviendo a la creencia infantil de que todos los seres tienen pene, en sus Tres ensayos Freud había establecido que ésta es la primera teoría sexual. Esta creencia está tan naturalizada en el niño y es tan fuerte que la primera cuestión que le preocupa, que es de dónde vienen los bebés, la resuelve con la certeza de que vienen del pecho de su madre, del ombligo y, posteriormente, que se alojan en el intestino y son eliminados por el ano como la materia fecal. En esta etapa el pequeño sujeto no tiene ni una sospecha de que en la mujer, en lugar de un voluptuoso órgano, haya una cavidad que pueda ser la vía por donde el bebé es expulsado en el nacimiento.

Claramente el niño tampoco concibe en la mujer la posibilidad de que esta misma cavidad sea la que durante el coito albergue al pene. Es más, Freud dice que en el caso de que el niño haya tomado noticia del intercambio sexual entre adultos, no solamente no lo puede ver como una unión pene – vagina (ya que no es capaz de concebir la existencia de ésta) sino que concibe al comercio sexual no como un acto placentero para ambos actores, sino como una forma de maltrato, como un episodio sádico.

Para Freud la investigación sexual infantil siempre fracasa debido al desconocimiento de ciertos factores que son imprescindibles para la aprehensión de esta realidad. Este desconocimiento se debe a que sus creencias son reflejos de su propia constitución psicosexual:

Pero como la investigación sexual infantil ignora dos elementos, el papel del semen fecundante y la existencia de la abertura sexual femenina - los mismos puntos, por lo demás, en que la organización infantil se encuentra todavía retrasada - , los esfuerzos del pequeño investigador resultan por lo general infructuosos y terminan en una renuncia que no rara vez deja como secuela un deterioro permanente de la pulsión de saber. (Freud, 1905, p. 179)

Para este autor (1905) la investigación en este período siempre la realiza el niño sólo, lo que implica un primer movimiento de autonomía y de apertura hacia el mundo.

Es pertinente integrar a la problematización de la temática de la castración los aportes de Gil (1989), quien, desde la contemporaneidad, hace una lectura freudiana al concepto de castración.

Según este autor la etapa fálica marca un cambio en los mecanismos de pensamiento del niño y en su relación con el mundo. Antes de esta etapa (tiempo prefálico) el niño se desarrolla en lo diverso, en un ámbito en donde los objetos son de similar valor y por tanto intercambiables entre sí, sustituibles (por ejemplo el pecho que da lugar al chupete o al dedo).

Sin embargo, al entrar en la fase fálica el sujeto accede a la lógica fálica, denominada de esa forma por Laplanche. La presencia – ausencia deja lugar al tener – no tener (tener pene o no tenerlo). El sujeto queda inmerso en un pensamiento regido por los principios de identidad, no contradicción y tercero excluido (lógica aristotélica). Esto

significa que el sujeto tiene o no tiene pene, siendo imposible que tenga y no tenga a la vez. Tampoco es posible la existencia de otra posibilidad diferente a tenerlo o no tenerlo.

En palabras del autor: “[...] en la fase fálica determinados atributos adquieren, como dice Laplanche, caracteres de insignias y por lo tanto operan como ejes para un sistema de clasificación que antes no se podía establecer” (Gil, 1989, p. 17). Es así que todo el universo queda organizado por los seres y las cosas que tienen pene y los que no lo tienen. Es esta nueva ley la que introduce al cero, como modo de clasificar la ausencia.

Es importante destacar que a esta lógica de pensamiento el sujeto llega gracias a la maduración simultánea y conjunta de los procesos mentales y de su desarrollo sexual. Cualquier falla afectiva y/o intelectual que no permita u obstaculice la entrada a esta lógica va a modificar la relación del pequeño sujeto con el mundo. La lógica fálica es importante para que en el niño la curiosidad se desarrolle de forma fructífera.

Gil establece que el niño antes de la etapa fálica no percibía la falta de pene en las niñas solamente porque este órgano en estos tiempos formaba parte de los objetos diversos e intercambiables. “En las etapas previas si el niño no concebía que hubiera seres sin pene era, simplemente, porque en esas etapas del desarrollo libidinal el pene no tenía más importancia que otras partes de igual, similar o mayor valor erógeno” (Gil, 1989, p.24).

Pero en la etapa en cuestión, el niño al notar la falta de pene en el cuerpo femenino desmiente dicha percepción debido a su narcisismo fálico. Este narcisismo, ya sea más tarde o más temprano, se termina confrontando con la realidad, la cual se impone indefectiblemente. Es por esto que una vez que el pene cobra un valor fálico, siempre que la evolución del niño sea normal, la desmentida no puede mantenerse por mucho tiempo.

Gil expone que cuando Freud universaliza el concepto de castración, lo ubica específicamente en la fase fálica y que ampliarlo a otras fases haría perder el sentido que él pretendió darle. Si bien considera que el niño siente como castraciones ya el acto de su nacimiento (como una separación con su madre con la cual se encontraba unido), los retiros del pecho materno (al cual consideraba como parte de su cuerpo), y la eliminación de las heces, Freud las considera precursores del complejo de castración, pero no como parte del complejo en sí, el cual se limita a la pérdida del pene.

Sin embargo, para este autor, Freud no desconoce la importancia que tienen estas vivencias de las diferentes pérdidas del sujeto anteriores a la etapa fálica. Es más establece, como ya se mencionó en el apartado dedicado al complejo de Edipo, que es gracias a estas vivencias de pérdida de objeto que el niño puede representarse la posibilidad de que le sea quitado el miembro que tanto estima.

Retomando la intelección de Freud (1923) de que para el niño sólo las mujeres dignas de respeto como su madre conservan el pene mientras que a las que son merecedoras de desprecio se les fue quitado, se tomarán los aportes de Casas de Pereda (1989) acerca del concepto de la madre fálica. Ella toma dicho concepto de la teorización freudiana y expone sobre la importancia de este fantasma en el desarrollo libidinal del niño y en la estructuración de su psiquismo.

Esta autora propone que la desmentida de la castración se da tan intensamente en este período porque es la contracara de la angustia de castración y por tanto ambas tienen la misma realidad psíquica.

Si bien Freud ya había establecido que este mecanismo defensivo es motivado por la angustia que le genera al niño la percepción de la ausencia de pene en el cuerpo femenino, Casas de Pereda propone que la desmentida de la castración de la figura materna es generada y sostenida por un hecho mucho más simbólico, que es el desvalimiento físico y psíquico de los primeros años de la vida del sujeto, asentado en su falta de autonomía. Esto nos muestra que el falo como atributo de la madre va más allá de ser un símbolo de respeto, sino que la madre que es fálica representa una madre capaz de sostener y contener al niño en sus angustias, una madre que todo lo puede y que es capaz de completarlo en su totalidad y que al mismo tiempo se deja completar por él (pasando a ser el niño el falo de ella).

El sujeto entonces transita sus primeros años de vida en un contexto de completud narcisista en el que toda la fuerza y el poder se reducen al vínculo apretado con su madre. Se hace presente una negación de la diferencia, tanto del sexo (la madre para el niño tiene pene) como del ser, ya que predomina la fusión, la indiferenciación entre el niño y su madre. Cabe recordar que en esta etapa tanto la niña como el varón creen que tienen un pene.

“Pensamos en la necesidad natural de que el niño sea algo esencial para la madre en estos primeros tiempos para poder ayudarlo a vivir” (Casas de Pereda, 1989, p. 22). Es así que la gran indefensión del sujeto en sus primeros tiempos de vida se vuelve crucial en lo que respecta a la estructuración psíquica. “La madre volcada hacia su hijo para posibilitar su existencia, debe tomarlo como parte propia para luego paulatinamente des-sujetarlo y permitirle ser (sujeto)” (Casas de Pereda, 1989, p.22).

Casas de Pereda propone, tomando a Freud, a partir de Inhibición, Síntoma y Angustia (1927) que el complejo de castración no solamente hace referencia a la pérdida del pene en la fase fálica, sino también al temor a la pérdida del amor de objeto (de la figura materna) en esos primeros tiempos de dependencia tanto física como psíquica. Además, agrega que ese temor a la pérdida de amor se traduce más tarde a la angustia frente a la instancia del superyó y a la pérdida del amor con respecto a éste en el período de latencia. Entonces el complejo de castración estaría integrado por estas tres pérdidas: la pérdida del amor de objeto, la de pérdida del pene y la de pérdida de amor del superyó. Vale recordar que en el caso de la niña la angustia de la pérdida del pene se traduce en la angustia por la pérdida del amor parental.

La consecuencia de la fase de primado del falo es entonces la no percepción de la diferencia de sexos y el fantasma de la madre fálica, aunque sí haya un conocimiento de la diferencia de géneros. Tanto la niña como el varón transitan su evolución psicosexual con esa creencia, la cual coexiste con la existencia de la mencionada unión o aspiración de unión con respecto a la madre.

Para esta autora la desmentida oscila entre en el saber – no saber acerca de la ausencia de un falo en el cuerpo femenino. En lo que respecta a la madre es el no saber el que se juega con más fuerza porque es aquí donde se pone en juego la dinámica edípica. Pero si bien para el niño la madre sigue conservando el pene y es la última en perderlo, en cierto momento se da cuenta que ella tampoco lo tiene y esta intelección es necesaria para que el pequeño sujeto pueda llegar a la diferencia de sexos.

En “La organización genital infantil” (1923) Freud había establecido las diferentes polaridades mediante las cuales se concibe la relación sujeto – objeto y que varían según la etapa del desarrollo psicosexual en la que el niño se encuentra. Éstas son la polaridad activo - pasivo en la etapa pregenital, masculino fálico – castrado en la etapa genital y masculino – femenino como culminación de la polaridad sexual. Casas de Pereda

establece que la fantasía de la madre fálica se encuentra en la polaridad fálico – castrado y que recién cuando el niño accede al par de opuestos masculino – femenino la madre fálica deja lugar a la mujer.

Esta autora propone que es necesario que la madre fálica caiga y que el niño abandone la ilusión de ser una parte de ella, para que él pueda devenir sujeto y a su vez dar lugar a la madre como un ser diferente, separado de él. “Somos una parte de otro, y si ese otro no nos suelta no podemos ser” (Casas de Pereda, 1989, p.25).

Capítulo 4. Viñeta clínica.

Antes de exponer acerca del no de la discriminación primaria se expondrá el caso trabajado en el año 2015 en el marco de la práctica “Intervenciones psicológicas en la clínica infantil”, a cargo de la docente Ps. Elika Capnikas y llevada a cabo en el Centro de Investigación Clínica en Psicología (CIC - P). La decisión de tomar esta viñeta se debe a que se trata de un caso en el cual se ven muy claramente determinadas fallas en la integración de los “no” por parte de los padres del paciente. Esto indudablemente deja marcas en su psiquismo e influye de forma negativa en la forma en cómo este niño se adapta al ambiente en el que vive y en su modo de relacionarse con el resto de las personas. Se trata de un niño que, invadido por la angustia de separación, se desarrolla en una dinámica familiar que está colmada por vínculos duales, lo que dificulta el acceso a la autonomía.

Se expondrá del caso lo que respecta a la dinámica familiar en la que el paciente se desarrolla, ya que es lo que más va a contribuir al tema que se pretende trabajar en esta monografía: la función del no en la estructuración psíquica del niño. Se tomará como viñeta clínica la entrevista de recepción ya que fue en este sentido muy enriquecedora. No se indagará en su síntoma ni en las intervenciones con respecto al trabajo con el niño, así como tampoco a su evolución con respecto a dicho síntoma; eso llevaría un análisis aparte debido a todas las particularidades del caso, descentrándose este trabajo del tema que pretende desarrollar.

3.1. Entrevista de recepción.

Bruno es un niño de siete años. Llega a la consulta del servicio CIC - P de la Facultad de Psicología con ambos padres.

Su familia está constituida por su madre, su padre y su hermana, Sofía, de seis años, la cual nació el día en que Bruno estaba cumpliendo su primer año.

Al momento de hacerlos entrar al consultorio la madre tiene la intención de dejar al padre afuera, dándole la mochila del niño, ante lo cual se le pide que él también ingrese. Esta escena es significativa porque hace suponer, también por otros aspectos que se desplegaron en el discurso familiar y que posteriormente se describirán, la existencia de una dinámica en la que el padre queda por fuera del vínculo que se supone dual entre la madre y su hijo.

Si bien en el consultorio hay una silla para cada uno, el niño al entrar se sienta en el regazo de su madre, aunque más avanzada la entrevista pasa a ocupar la silla que estaba predispuesta para él. Esta situación da la pauta de que se está ante un niño que posiblemente presenta cierta dificultad para ocupar un lugar propio.

El motivo de consulta que fue expresado ya desde el teléfono es que repitió primer año de escuela, no se comunica y tiene fobia a los botones. Éste es reiterado en esta primera entrevista, agregando los padres que el principal lugar en donde el niño no se comunica es en el ámbito escolar, a diferencia de otros lugares como su casa o la plaza, en donde se comunica sin ninguna dificultad. En palabras de la madre:

“Repitió primer año, y es muy tímido. No habla en la escuela, en la plaza o en casa sí pero en la escuela no”.

“A veces pienso que está de vivo. Él rechaza a los compañeros sólo en la escuela, porque en la plaza que queda cerca de casa sí, todo bien”.

Entra con un dibujo que según los padres lo elaboró en la sala de espera. Contiene una perra con su cachorrito, ellos indican que se trata de la mascota de la familia, de la cual sospechan que está embarazada. El dibujo es muy colorido, prolijo y bien estructurado, si bien no se sabe si lo realizó sólo o con ayuda de sus progenitores. Esta duda puede tener que ver con la sospecha de ese funcionamiento dual. El dibujo de

la perra, que los padres identifican como su perra embarazada, podría aludir al vínculo que se supone aún simbiótico de la madre con este niño.

Si bien se le otorgó a Bruno lápices y hojas para dibujar, éste no los usó en ningún momento. Tampoco utilizó la oralidad, aún cuando en varias ocasiones la entrevistadora se dirigió a él para hacerle alguna interrogante. Sin embargo con su gestualidad, movimientos y sonidos lograba manifestar determinadas emociones. En cierto momento de la entrevista los padres se reían entre sí por un tema de adultos (hicieron un comentario acerca de sus celos como pareja), y el superponía su risa a la de éstos:

Entrevistadora: Y ahora está estable la pareja, ¿se han reencontrado?

Madre y padre: Sí, sí, ahora sí.

Madre: Él es re celoso también lo que pasa.

Padre: Y vos no, ¿no? (irónicamente)

(La madre se ríe)

Madre: bueno... yo también, él me dice que soy celosa de mirar tantas comedias.

(Los tres se ríen)

Esto da el indicio de la existencia de una excesiva sintonía emocional con respecto a ellos ya que sólo se rió cuando sus padres lo hicieron y por temas que no tenían que ver con él. Esto puede estar vinculado a esa no discriminación del niño en relación a sus padres.

Con respecto a la relación de Bruno con su hermana, además de compartir el día de cumpleaños, ambos comparten la misma clase (ya que en esa escuela hay un solo primero), la misma escuela de apoyo y el mismo dormitorio (porque aunque hayan dos habitaciones disponibles para los niños, los dos duermen en una, dejando la otra para los juguetes).

Además, en el discurso materno es posible ver una cierta indiscriminación de Bruno con respecto a su hermana, principalmente cuando la entrevistadora trata de indagar acerca de ciertos logros en el desarrollo del niño, como por ejemplo cuándo comenzó a caminar, si tomó pecho y cómo fue el proceso de control de esfínteres:

Entrevistadora: ¿Y para hablar y caminar... tardó?

Madre: Demoró sí, para caminar recién al año y nueve meses. Los dos, va, la hermana también.

Entrevistadora: ¿Tomó pecho?

Madre: Casi nada.

Entrevistadora: Porque quedaste embarazada enseguida de la hermanita claro...

Madre: No y porque no se prendía también, a la hermana también no se llenaba y le tuve que empezar a dar complemento enseguida.

Entrevistadora: ¿Y cuándo aprendió a ir al baño, se hacía pichi mucho?

Madre: A veces, sólo de noche, pero después enseguida aprendió y nunca más. Hasta los tres. La hermana sí se hacía de día y de noche pero después también aprendió.

Como es posible observar ella en lugar de limitarse a responder por Bruno que es por quien acuden a consultar, responde por él y por su hermana. Esto sugiere la existencia de una imagen poco discriminada de la madre hacia sus hijos.

Además de estar muy pegados el uno con el otro, Lucía cumple la función de ser la portavoz de su hermano. La madre cuenta que cuando a Bruno le pasa algo en la situación escolar, como por ejemplo que otro compañerito le saca algo, quien comunica lo sucedido a las maestras es su hermana. Expresa ella:

“Además la maestra me dice que ella se desespera porque él no manifiesta lo que le pasa, ella le pregunta “¿qué te pasa Bruno?” y tiene que estar la hermana atrás diciendo “está llorando porque fulanito le sacó tal cosa””.

Con respecto a la dinámica familiar, se trata de una familia que no tiene los roles bien definidos. En varias ocasiones duermen todos en la misma habitación, así como también algunos días los niños comparten la cama con sus padres según lo determine la situación. Reconoce ella:

“A veces duermen en el cuarto con nosotros, se tiran el colchón ahí al lado de la cama”.

“... él (Bruno) ahora duerme abajo casi todos los días, a veces llego y están ellos (el padre y los dos niños) dormidos en la cama grande, entonces yo me voy para arriba o vienen ellos”.

Ambos padres dicen tener salidas los dos juntos independientemente de sus hijos:

Entrevistadora: ¿Y ustedes salen solos?

Madre: Sí salimos, intentamos hacer cosas sin ellos, cuando podemos los dejamos con la abuela y salimos.

Padre: O si vamos al supermercado o algo ¿viste? Salimos solos.

Madre: Los jueves vamos al cine solos.

Sin embargo reconocen que se les dificulta la intimidad de la pareja debido a esta desorganización en lo que respecta al intercambio de dormitorios:

Entrevistadora: La intimidad debe ser difícil ¿no?

Padre: Sí...

Madre: ¡Hacemos magia!

Ambos progenitores afirman que Bruno es el rey de la casa y ellos reconocen ser sus súbditos:

Padre: ... el control lo maneja él por ejemplo.

Entrevistadora: ¿El control remoto de la tele?

Padre: Claro, él te dice que lo maneja él porque es el rey.

Entrevistadora: ¿Y ustedes que son? ¿Los súbditos?

Madre y padre: Sí.

De esta manera se muestran cómplices o, más acertadamente, facilitadores de esta actitud tirana del niño. Estos vínculos de tiranía confirman que también los padres son tiranos en el sentido de no dejarlo crecer, tener su propio espacio para que desarrolle su personalidad.

La madre afirma que él en su casa es muy peleador, no le gusta prestar:

“En casa es un peleador, tampoco le gusta para nada prestar, si ese lápiz es de él, es de él.”

A su vez ella reconoce dejarse mandar por él:

“Yo me dejo mandonear, él (el padre) lo rezonga, yo no.”

Ante la pregunta de la entrevistadora de qué hacen ellos cuando quieren ver algo diferente en la tele a lo que está viendo Bruno la madre responde que ellos se van a ver a otra televisión:

Entrevistadora: Así que él maneja el control y si ustedes quieren ver la tele ¿qué hacen?

Madre: No porque hay tres televisores en mi casa, generalmente nos vamos para otra tele.

Es una configuración familiar en la que lo habitual es que la familia se adapte a las formas del niño. Esto se visualiza en la expresión de la madre de estar conformes con el nuevo médico porque éste sí lo deja hacer lo que él quiere en la consulta, a diferencia de la pediatra anterior que era más estricta:

“Recién ahora agarró un pediatra que es muy bien, porque antes... hacía pataletas, se saca los championes”.

“Ahora ya no hace eso por suerte. Pero con este pediatra yo creo que porque es varón y porque es muy canchero también... lo deja saltar entre las camillas. La otra doctora decía “vení hace esto””.

Para la madre el doctor bueno y aceptado es el que no pone límites y la doctora mala y rechazada es la que sí los pone. Es claro que esta disposición se contradice con lo que se espera para un niño escolarizado, dificultando su inserción en un marco institucional en donde tiene que acatar una norma proveniente de los adultos.

Se trata de una familia en la que tanto niños como adultos están en un mismo nivel jerárquico. Los niños tienen dinero propio que le otorgan sus padres, la asignación que cobran por los pequeños la gastan en lo que los ellos quieren:

“...nosotros intentamos comprarle lo que podemos. Yo por ejemplo cobro la asignación familiar que son 1800 pesos... 1600, 1800 entre los dos y gasto la plata porque esa plata es de ellos”, reconoce la madre.

Estamos frente a una trama familiar fallante en la que los padres no sostienen a los hijos ni parecen haber asumido el lugar de orientadores, planificadores de la vida familiar.

El padre admite querer darles lo que él nunca tuvo, debido a la situación de vulnerabilidad en la que creció:

Entrevistadora: Y tú quieres darle todo...

Padre: Yo sí porque nunca lo tuve. Él tiene celular.

Por ordenar su dormitorio también les dan dinero:

“... pasa que ellos también se ganan la plata. Si ellos ordenan el cuarto se ganan un premio”, afirma el padre.

El padre de Bruno se crió en la calle ya que su madre nunca lo quiso:

“Yo me crié en la calle, soy un niño de la calle. Tengo mi madre pero no, ella pasa por al lado y no te saluda”, dice él.

Es de destacar la expresión “soy un niño de la calle”, ya que delata su posición infantilizada en la dinámica familiar, imposibilitando que pueda ponerse en el lugar de la autoridad. También esta expresión muestra que el quedó estancado en esa situación de vulnerabilidad, siendo ésta ya parte de su imagen, de su identidad.

Con respecto a su padre, éste siempre tuvo problemas con el alcohol y se quitó la vida:

“Mi padre era un borracho que hace dos años se mató”, expresa.

Con respecto a la madre de él, es decir, a la abuela paterna de Bruno, cabe destacar que hace diferencias con respecto a ambos nietos ya que, si bien no tiene trato con su hijo, a su nieta Sofía siempre le hace regalos, mientras que a Bruno no:

“Además la abuela como que hace diferencia con la nieta y eso a mí me molesta. A veces me agarro cada calentura... porque con Sofía le regala muñecas y todo, pero ¿a él? Ni un lápiz. Le regala cosas a la nieta y a él lo deja mirando y yo sabes cómo me pongo”, dice la madre con cierto enojo.

Volviendo al padre de Bruno, además de ese pasado con tantas carencias tanto materiales como afectivas que claramente contribuyó a que siendo ya un hombre siga sintiéndose como un niño, su pareja tampoco ayuda a que él ejerza la función paterna ya que cuando él intenta ponerse en el lugar de la autoridad ella suele desautorizarlo. En palabras de ella:

“A veces peleamos entre nosotros porque por ejemplo ellos juegan de mano y él (Bruno) le pega y él (el padre) se enoja y lo manda para el cuarto. Y yo le digo: ¿Para qué jugas si después no aguantas?”.

Además es claramente visible la desvalorización de la madre con respecto al padre a lo largo de la entrevista, por ejemplo cuando casi al final de ésta sin que se le pregunte específicamente acerca del tema de su escolarización ella destaca que ella cursó hasta cuarto de liceo y que él ni siquiera culminó primaria, y que recién hace poco aprendió a leer y a escribir:

Entrevistadora: ¿Algo más que quieran contarnos?

Madre: Lo de la escuela... yo hice hasta cuarto de liceo y él a la escuela no la terminó por ejemplo. Recién el año pasado aprendió a leer y escribir.

Por momentos él está hablando y ella se le superpone para contradecirlo. En una parte de la consulta la entrevistadora les pregunta si antes habían acudido a algún psicólogo o a otro especialista y la madre responde que sí, que fueron a cierta mutualista donde le hicieron un psicodiagnóstico y le mandaron psicoterapia. El padre equivocadamente agrega que lo mandaron al psiquiatra y ella lo corrige impetuosamente:

Entrevistadora: ¿Y alguna vez lo vio una psicóloga o consultaron con otro especialista?

Madre: Lo vio sí una psicóloga de x .Le hicieron un psicodiagnóstico, que tenía timidez y le mandaron psicoterapia.

Padre: Sí pero lo mandaron, lo mandaron al psiquiatra.

Madre: No, nada que ver, le mandaron psicoterapia.

Más avanzada la consulta la entrevistadora les pregunta si Bruno tiene un segundo nombre, el padre responde que sí y la madre inmediatamente lo contradice:

Entrevistadora: ¿Y segundo nombre tiene?

Padre: Sí.

Madre: No.

Padre: Sebastián.

Madre: Ah pero no le decimos así le decimos Bruno. Sebastián no le gusta.

De esta forma la madre al no permitirle al padre ubicarse en el lugar de la terceridad, no permite que ejerza la función de corte con respecto a la unión, aun simbiótica, con su hijo, hijo que según ella es de su pertenencia. En palabras de ella:

“La hermana es más del padre, él es mío”.

“Él es todo conmigo”.

Con respecto a la historia familiar de la mamá de Bruno, su madre a los dos años se fue a vivir a otra casa dejándola con su abuela, aunque la visitaba todos los días:

“Sí yo vivía con mi abuela mis dos hermanos y mi tío desde chiquita”.

“Mi mamá siempre vivió en otro lado porque ella trabajaba mucho, ella tiene otra pareja y no vivía con nosotros. Siempre me crió mi abuela”.

“...Igual mi madre iba todos los días”.

Para ella su abuela fue como una madre y reconoce haber sido siempre muy unida a ella:

“...estaba todo el tiempo aúpa de mi abuela, re pegada con mi abuela”.

“Mi abuela era como mi madre yo hacía todo con mi abuela”.

Este vínculo de extrema unión o indiscriminación se reproduce en la relación con su hijo. Además ella admite ser tan unida a Bruno debido a esta separación precoz con su madre, la cual claramente le provocó sufrimiento, siendo ella tan pequeña.

Esta unión de suma dependencia con su abuela también se repite en la relación con su pareja:

Padre: Nosotros siempre fuimos muy unidos, ella por ejemplo no sabe cocinar, cocino yo porque ella no sabe.

Entrevistadora: ¿Y si tiene hambre y tú no estás?

Madre: Espero a que él llegue, yo siempre fui muy mimada de chica, no nos levantábamos hasta que mi abuela nos traía el café con leche... y ahora soy igual.

Volviendo al tema de su abuela, ella cuenta que Bruno era muy pegado a ella también:

Entrevistadora: Así que tu abuela fue como tu mamá más o menos.

Madre: Sí. Bruno también era muy pegado con la bisabuela, pasaba todo el día en la falda de ella.

La abuela materna de Bruno falleció pocos días después de que él cumpliera su primer año (y del nacimiento de su hermana). La madre de Bruno manifiesta haber tenido cierto desprecio por su hija porque cuando su abuela falleció ella no pudo despedirla debido a estar internada con su bebé recién nacida, la cual tuvo que permanecer en el sanatorio unos días más por problemas de salud:

Madre: Mi hija nació el veintitrés y el treinta murió mi abuela, porque cuando yo estaba embarazada de Lucía me fui a internar para tenerla y a mi abuela la internaron, y cuando salí del hospital me dijeron que ya se había muerto. Al principio hasta desprecio le tenía a mi hija.

Entrevistadora: ¿Tú te sentías enojada con tu hija?

Madre: Enojada no, pero es como que por ella no me pude despedir de mi abuela, porque Lucía tenía problemas respiratorios y por eso no podía salir del hospital. Además que

claro toda mi familia estaba yendo a ver a la abuela y yo en el hospital sola también, lo viví sola el parto. Él (su marido) estaba con Bruno.

Con respecto a su padre (abuelo paterno de Bruno), ella tiene trato con él pero vive en otro país, aunque algunas veces lo visita.

Al final de la entrevista Bruno comienza a emitir sonidos mostrando cierto aburrimiento o frustración, tirándose al piso, quitándose los zapatos y moviéndose bastante, también le pega patadas a su madre por debajo de la mesa, ante lo cual ella responde corriendo su silla hacia atrás. Cabe destacar que es una forma bastante regresiva de mostrar su frustración.

Capítulo 5. La negación discriminativa. Desmentida de la ausencia.

Para problematizar acerca del no de la discriminación primaria del sujeto con respecto a su objeto, se continuará con la conceptualización de Casas de Pereda (1999). Se dijo al introducir este trabajo que la negación como símbolo se hace consistente mediante los juegos de presencia – ausencia. Es más, esta autora dice que en lo cotidiano del encuentro entre la madre y su bebé encontramos innumerables vivencias en las que se juega esta escansión presencia – ausencia.

De la madre (o de quien cumpla la función materna) depende la vida de su hijo. Es ella quien atiende sus necesidades, a las cuales las transforma en demandas en tanto es capaz de tomarlas y de darles un sentido. Estas necesidades son la base del vínculo y del entendimiento entre la madre y su bebé. Es aquí donde lo placentero cobra cierto protagonismo en la medida en que se vuelve al mismo tiempo causa y efecto de dichos encuentros.

Según Casas de Pereda el juego con la ausencia es importante porque le otorga al “no” cierto reconocimiento. “La madre simbiótica o indiferente no juega con la ausencia; en el primer caso la desconoce, y en el segundo se instala en ella constituyéndose en una madre ausente.” (Casas de Pereda, 1999, p.140). Aquí la autora hace referencia a dos diferentes posiciones que toman ciertas madres que no introducen en la relación con su hijo el juego de escansión presencia – ausencia. Claramente son dos posturas contrapuestas que corresponden a dos extremos y ambas (la primera por exceso de

presencia y la segunda por defecto de ésta) impiden o dificultan que el niño logre ser un sujeto con autonomía.

En lo que concierne a la viñeta tomada, la madre de Bruno claramente se encuentra dentro de la primera clasificación, mostrándose como una madre simbiótica, una madre que afirma que Bruno es “todo” de ella. Uno de los elementos que hace pensar en un vínculo simbiótico con respecto a su hijo es la acción del niño, al entrar a la entrevista, de sentarse en el regazo de su madre, si bien luego se corrió para la silla de al lado. Esto delata, como se mencionaba en la viñeta, la dificultad del niño de ocupar un lugar propio. Pero ahora es posible agregar que el espacio del niño está invadido por la madre, una madre que, ante la pérdida de su abuela (quien era su figura materna) busca perpetuar el vínculo indiscriminado que tenía con ella en la relación con su hijo.

También es un indicio de que se trata de una relación simbiótica cuando, como ya se había mencionado en la viñeta, los padres bromean entre ellos sobre los celos de pareja. Mientras ellos “pelean” por quién es más celoso, Bruno se ríe junto a ellos. Si el niño también lo hubiese hecho en otros momentos de la entrevista, o al menos hubiese mostrado cierta simpatía cuando se hablaba de temas de él o la entrevistadora se le dirigía para hablarle o hacerle alguna interrogante, seguramente este hecho de reírse con sus padres no nos mostraría más que la existencia de una adecuada sintonía emocional con respecto a sus progenitores.

Pero como él se presentó en todo momento serio y reticente al contacto con la entrevistadora y solamente se rió en un momento puntual cuando sus padres lo hicieron por temas de adultos, esto nos hace pensar en la existencia de una sintonía emocional, como ya se mencionó, excesiva con respecto a ellos. Esto da indicios de la presencia de una indiscriminación con respecto a sus padres.

Otro elemento que da la pauta de que la relación de este niño con su madre es simbiótica, es que en las relaciones duales, indiscriminadas, no hay lugar para la terceridad, y esto es muy claro en el caso en cuestión. Es posible ver que la madre de Bruno no da lugar al padre como autoridad en la dinámica familiar y en la relación con su hijo. Que lo desautorice en los momentos en los que él intenta ponerse en ese lugar poniéndole límites, es clave en ese sentido. También la actitud de dejarlo afuera del espacio de la entrevista es una forma de mostrar su intención de dejarlo afuera además del vínculo entre ella y el niño. El hecho de que cuando él va a responder algo que tiene

que ver con su hijo ella lo contradiga también muestra este propósito de exclusión del padre, queriendo mostrar que sólo ella sabe acerca de su hijo ya que, como ella expresó, es suyo.

Es por esto que es posible sospechar que el dibujo que realizó el niño en la sala de espera de la perra con su cachorrito, que alude a su mascota posiblemente embarazada, tenga que ver con una representación de cómo se siente él con respecto a su madre, como alguien que depende completamente de ella y de quien no puede separarse.

Volviendo a Casas de Pereda, ella plantea que el juego con la ausencia también le enseña al pequeño sujeto a esperar, ya que transforma el trágico sentimiento de una no presencia, en una cierta latencia en la que se pone en juego la tolerancia. Además, el juego de presencia – ausencia habilita que se desarrolle en el sujeto el sentimiento de confianza, que se genere en él la posibilidad de confiar en el otro. “Depender del otro - y éste es un tramo normal - conlleva confiar en el otro y abre la posibilidad misma de la independencia.” (Casas de Pereda, 1999, p. 141). Es entonces que la dependencia es necesaria y que, si ésta se conjuga adecuadamente con los juegos de presencia – ausencia en los que la figura materna va introduciendo poco a poco la no presencia, es lo que va a llevar al sujeto a su independencia.

Cuando la confianza es demasiado vulnerable en el sujeto, es imposible que el vínculo de este sujeto con su objeto cobre la forma de una relación, sino que en su lugar, lo que se hace presente es lo que Casas de Pereda llama un “pegoteo simbólico” (1999, p. 141). En el caso de Bruno se puede ver que no está integrada en él la tolerancia a la ausencia materna y por tanto tampoco la confianza en ella. Para fundamentar estas intelecciones se remitirá, por un lado, a las dos primeras entrevistas de juego del niño y, por el otro, a la entrevista que se tuvo con su maestra de la escuela curricular (la aclaración se debe a que también acudía a una escuela de apoyo).

En las dos primeras entrevistas de juego, si bien se le permitió entrar con el adulto que lo acompañaba (en la primera el padre y en la segunda la madre) cuando el progenitor acompañante sale del consultorio para dejarlo al niño sólo con las estudiantes, en ambas ocasiones responde a esta salida del progenitor tirándose al piso, llorando y sacándose el calzado. Es importante destacar que la agitación motriz fue mayor al momento de separarse de su madre (en la segunda entrevista de juego) que cuando fue

su padre quien se retiró del consultorio (en la primera). Además sus movimientos cuando su madre salió de la consulta estaban cargados de mayor agresividad que al momento de separarse de su padre, pateando además las paredes y mostrando más bien bronca y enojo. Sin embargo, cuando el padre se retiró de la consulta predominó el llanto y la angustia.

Por otro lado, según lo que fue informado por la maestra, esta acción de tirarse al piso y sacarse el calzado la realiza todos los días como forma de oposición a ingresar al salón, y que recién cuando pierde de vista a la madre entra a la clase. Es ella la que lo lleva casi todos los días, aunque cuando lo lleva otra persona sucede lo mismo.

Estas acciones que muestran una dificultad del niño para separarse del adulto del que está a cargo, son propias de etapas anteriores de desarrollo, inadecuadas para un niño de la edad de Bruno. Desde la intelección de Casas de Pereda y debido a la indiscriminación fácilmente detectable entre esta madre y su hijo, estos comportamientos oposicionistas pueden deberse a que la madre no haya trabajado adecuadamente su ausencia para que el niño sea capaz de tolerarla, obstaculizando entonces que se desarrolle en él la capacidad de confiar en ella, para luego poder también confiar en otros. Esto dificulta que el niño pueda constituirse como un sujeto des sujeto de la presencia absoluta.

A su vez, en el caso de Bruno la indiscriminación también es muy clara con respecto a su hermana, y este funcionamiento dual es visible en el ámbito escolar donde él se comunica solamente por medio de ella. Este hecho, además de haberlo mencionado la madre en la entrevista de recepción, fue confirmado por la maestra de la escuela común y también en la escuela de apoyo cuando se tuvo la oportunidad de visitar la institución. Es Sofía la que les hace saber cuando a su hermano le pasa algo en la escuela. Claramente este funcionamiento tampoco promueve que el sujeto pueda llegar a ser autónomo e independiente.

Los padres, por su parte, favorecen dicha indiscriminación al no proponer espacios en los que cada uno de los niños se pueda desarrollar independientemente del otro. Esto es claro en el hecho de que, habiendo dos habitaciones disponibles para los niños, se opte porque duerman juntos en una y la otra quede para los juguetes. También con el hecho de dormir todos juntos en el cuarto de los padres se ve esta indiferenciación de los integrantes del núcleo familiar. Además, la visión indiscriminada de la madre con respecto

a sus hijos es clara en la entrevista de recepción cuando no puede hablar de Bruno sin mencionar a Sofía, como si ella estuviese pegada a él o fuera una parte de Bruno.

Como ya se había mencionado al comenzar este trabajo, tomando a Casas de Pereda, la defensa correlativa al no de la discriminación es la desmentida. Es así que la desmentida surge en un aparato psíquico que recién se está constituyendo. Este mecanismo defensivo se da tan fuertemente en el sujeto por la imposibilidad de éste de hacer frente a la ausencia del otro, la cual es sentida como muerte. La desmentida se presentifica como una negación a la ausencia de ese otro.

La madre, mediante estos juegos de presencia – ausencia, presentifica y representa la ausencia. El juego con la ausencia permite que ésta se pueda hacer tolerable para el sujeto en la medida en que, la ausencia en sí, la que no está mediatizada, es imposible de tolerar y de abarcar. “El juego, en cambio, la propone como posible en la medida en que no es un juicio negativo de existencia sino una pregunta” (Casas de Pereda, 1999, p. 141). Como para el bebé la presencia es sentida como vida y la ausencia como muerte, en estos juegos la madre le muestra al niño que es posible que ella no esté, que no la pueda ver o que no la pueda tener, pero que eso no significa la muerte.

El discurso materno, que está integrado por el gesto y la palabra, establece la base para todo proceso de simbolización. Este discurso además es muy importante por su función de anticipación, la cual es imprescindible en lo que respecta a la prematuración característica del bebé. Casas de Pereda propone que es el tono con el cual la madre se comunica con su bebé, el que induce en él el deseo. En el juego del “No está – Está”, es el suspenso entre la primera expresión y la segunda (que da resolución a la primera) es el que promueve la función de anticipación, así como también el deseo.

La autora hace referencia a la importancia de la imagen de un otro que sea semejante él, como estructuradora del psiquismo del sujeto desde que éste es pequeño. La importancia de la imagen de un otro como instauradora del yo y su correspondiente función de anticipación se ve claramente en los aportes de Lacan (1966) en lo que respecta al estadio del espejo.

Más allá de que el bebé necesite de un otro que le facilite la satisfacción de sus necesidades, Lacan pone énfasis en el valor que tiene la mirada, la imagen que ese otro

que lo satisface le devuelve de sí mismo. No basta solamente con que una madre dé de amamantar, por ejemplo, a su bebé, si no lo toca, no lo mima, no lo mira. Estos gestos le confirman al niño su existencia como sujeto completo, más allá de las deficiencias motrices que tenga por su corta vida y escasas experiencias adquiridas.

Este autor cree que el proceso de identificación se da desde un tiempo que va entre los seis y dieciocho meses del niño. Es una identificación muy primaria y constitutiva. Lacan no considera al sujeto como en un principio cerrado en sí mismo y que luego se abre en una identificación primero con sus progenitores y luego con otras figuras significativas, sino que desde el comienzo mismo el individuo depende del otro para devenir sujeto. “El narcisismo primario define a un ser todo afuera de entrada librado al otro y sujeto al acontecimiento” (Julien, 1993, p. 34).

Lacan utiliza la metáfora del espejo para hacer referencia a cualquier semejante que al individuo le sirva como primer modelo de identificación. Es decir, cualquier persona con la que el pequeño ser pueda verse reflejado constituiría ese espejo. Mediante el otro, el bebé constata su presencia como sujeto, ya que un ser para conformarse como sujeto primero tiene que ser un objeto de amor.

El niño tiene una imagen fragmentada de sí mismo. Sus características propioceptoras le hacen sentir que su cuerpo no es una unidad, sólo mediante un otro que le devuelva una imagen completa de sí mismo va a poder verse como un todo integrado. El sujeto se transforma al apropiarse de una imagen de sí que le viene del exterior, y esta transformación es totalmente externa a él, sin tener el organismo ningún tipo de anticipación para este hecho. Sin esta imagen que viene de afuera esta transformación sería impensable. Para que el niño logre identificarse con otro, este otro tiene que tener características similares a él.

El estadio del espejo tiene la función de establecer una relación entre el organismo del niño y el exterior. Lacan habla de una cierta función ortopédica, es decir que le devuelve la integración y el dominio de sí que en niño por sí sólo no tiene. La imagen le devuelve más de lo que el pequeño siente de sí mismo. El estadio del espejo va a delimitar un espacio para que se produzcan todas las reafirmaciones yoicas e identificaciones posteriores, además de construir los cimientos para que se despliegue todo su desarrollo mental. Se espera que al final del estadio del espejo esta dialéctica

entre el niño y quien funciona como espejo habilite para posteriores relaciones sociales entre el sujeto y otros.

Volviendo a Casas de Pereda (1999), con el juego del “No está, está” la madre, mediante el placer lúdico del encuentro con su bebé, no solamente le hace imaginar y simbolizar la ausencia, sino que pone a su disposición la desmentida para hacerle frente a esta ausencia. “Para que sea tolerable la ausencia en ese simbólico que nos determina se necesita jugar, disfrutando por un buen tiempo en la puesta en escena del discurso infantil que primero juega la madre” (Casas de Pereda, 1999, p. 144).

Esta autora expone que cuando el pequeño sujeto pueda hacerle frente a la ausencia, no va a necesitar del mecanismo de la desmentida. Cuando el “no” de la discriminación se vuelve consistente, no es necesario ocupar el lugar de la ausencia con ningún objeto, adquiriendo el sujeto la capacidad de tramitar duelos, de dolerse. Al adquirir el “no” discriminativo consistencia, la desmentida disminuye su efecto y deja lugar al mecanismo de la represión. Es aquí donde el no de la discriminación sujeto - objeto, se da conjuntamente con el no de la prohibición, en tanto lo que se juega es la prohibición del cuerpo materno.

Para culminar con la conceptualización sobre la separación primaria entre sujeto y objeto se tomarán los aportes de Schkolnik (2015). La autora plantea que son tanto los encuentros del individuo con el otro en sus orígenes, como los desencuentros en relación a éste, los que dejan marcas en su psiquismo. Estos encuentros – desencuentros son generadores de enigmas que deben ser elaborados internamente por el sujeto que se está desarrollando.

Schkolnik (2001) expone acerca de la permanencia de los vínculos duales cuando la separación del sujeto con su objeto primario (quien cumple la función materna), ya se debería haber efectuado. Propone que hay dos diferentes tipos de vínculos duales y que la desmentida se da de forma diferente en cada uno de estos. Por un lado están los que se dan cuando hay una diferenciación bien establecida entre el mundo interno (el yo) y el externo, y por el otro los que se desarrollan en el ámbito de un funcionamiento arcaico donde esta diferenciación no está bien marcada. En la primera clasificación, la desmentida tiene que ver con la permanencia de un vínculo dual con respecto a la madre, que no habilita de forma suficiente la separación del hijo. Según esta autora no existe aquí

ningún riesgo de desorganización psíquica, aunque hay dificultades en la tramitación de la trama edípica, que se manifiestan en el plano de la sexualidad del sujeto.

Por otro lado, cuando el funcionamiento dual es arcaico, se está frente a un sujeto que está invadido por la pulsión de muerte y sus efectos desligantes. La desmentida de separación aparece como una forma de defenderse de la angustia que le generan los efectos de esta pulsión.

Schkolnik propone que es muy difícil romper con la ligazón originaria con la madre y que, cuando el niño entra en la trama edípica, no solamente se ponen en juego sus deseos incestuosos, los cuales chocan con la prohibición, sino que también son resignificados los deseos relacionados a la dificultad de separación con respecto a la figura materna.

Capítulo 6. Consideraciones finales.

Si bien en este trabajo fueron separadas, con fines explicativos, las distintas modalidades del “no” (primero se expuso el no de la prohibición del incesto y después el de la separación primaria), es importante decir que en realidad estas separaciones y limitaciones se dan en el sujeto de forma entramada. Es decir, a medida que el sujeto va transitando la trama edípica, se sigue separando de su objeto primario. Como se mencionó tomando a Schkolnik, los deseos incestuosos que se juegan en el Edipo, se conjugan con los deseos de no querer separarse de la figura materna.

Esto lleva a preguntarse cómo es el tránsito por el Edipo de un sujeto aún fuertemente ligado al objeto primario, como es el caso de Bruno. Citando a Schkolnik, se puede decir que seguramente su Edipo se encuentre sesgado por esta ligazón originaria y tenga ciertas dificultades en su tramitación. Es pertinente decir que según la clasificación de esta autora en lo que respecta a la permanencia de los vínculos duales, Bruno se encuentra en la primera clasificación, ya que tiene una clara diferenciación entre su yo y el mundo externo, y no se encuentra invadido por la pulsión de muerte. Según las intelecciones de Schkolnik, se puede decir que, si bien este niño posiblemente tenga dificultades en la tramitación de su Edipo y que estas seguramente recaigan en el plano de su sexualidad, no es un sujeto que tenga riesgo de desorden psíquico.

Como es posible ver, en este trabajo no se hizo referencia solamente al “no” que se encuentra explícito en el lenguaje parental, sino también a los límites y a las separaciones que ellos promueven, estando aquí el “no” presente de forma implícita. Se hizo alusión al “no” explícitamente dicho en el lenguaje materno principalmente en el último capítulo, dedicado a la negación discriminativa, cuando se exponía acerca del juego del “no está - está”, pero en la mayor parte del trabajo se aludió al “no” más implícito, que se encuentra en la forma de límites o de separaciones.

Con respecto a la discriminación primaria, cuando se citaba a Casas de Pereda, al exponer acerca de la importancia de la escansión presencia – ausencia, se hacía referencia tanto al juego del “no está - está”, en el que la madre introduce lúdicamente la ausencia y el “no” se encuentra de forma explícita, como a su ausencia real cuando por momentos la madre se desaparece de la vista de su bebé y al poco tiempo vuelve a aparecer, estando presente aquí el “no” implícitamente.

Este trabajo hace pensar en que, debido a la indefensión característica del niño en sus primeros tiempos de vida, es necesaria la presencia de un otro que, además de facilitarle la satisfacción de sus necesidades, lo tome como parte de sí y lo haga sentir como un ser integrado, completo, amado y deseado. Pero también se necesita que ese sujeto se separe de él para que el pequeño ser pueda constituirse como sujeto autónomo.

Para que quien cumpla la función materna habilite la separación, para que pueda introducir la terceridad en ese vínculo primeramente dual, es necesario que tenga bien trabajadas las separaciones con sus propias figuras parentales. De lo contrario, es posible que inconscientemente busque reproducir esos vínculos duales, con el sujeto que tiene a su cargo y que depende de él.

Así como la ausencia y la separación prolongada del otro de sus orígenes producen efectos dañinos en la estructuración del psiquismo del niño, también la no instauración de las necesarias separaciones, de los límites, de los diferentes “no”, implica una intrusión del otro, afectando negativamente la constitución de su aparato psíquico y su desarrollo libidinal.

Referencias bibliográficas

- Casas de Pereda, M. (1989). Acerca de la madre fálica. Fantasía-Concepto-Función. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (71), 5-42.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (120), 24-38.
- Freud, S. (1975). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 7, pp 109-224). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1975). El yo y el ello. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 19, pp 13-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1975). La organización genital infantil. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 19, pp 141-149). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1975). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 19, pp 177-187). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1975). La negación. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 19, pp 253-259). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1975). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol 19, pp 267-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- García, S. (2013). Edipo. Un modo de pensarlo en el mundo de hoy. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (117), 85-113.
- Gil, D. ; Porras, L. (Comp.) (1989). *La castración. Freud, Klein, Lacan*. Montevideo: EPPAL.

- Julien, P. (1993). *El retorno a Freud de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Epeele.
- Lacan, J. (1966). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos I. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Nasio, J. D. (2007). *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Schkolnik, F. (2001). Los fenómenos residuales y la represión originaria. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis, [en línea] (94)*.
- Schkolnik, F. (2015). Estructuración psíquica: una perspectiva dinámica del psiquismo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis, (120), 15-23*.